

como un buen vestido que hay que tener de lo mejor posible, ser á la vez persona *respectable* y *rodeada de bienestar*, esas dos expresiones encierran todos los resortes de la acción inglesa. Contra ese buen sentido limitado y contra esa austeridad pedante estalla una rebelión. Con la renovación universal del pensamiento y de la imaginación humana, el profundo manantial poético que había corrido en el siglo XVI fluye de nuevo en el siglo XIX, y sale á luz una nueva literatura; la filosofía y la historia infiltran sus doctrinas en el viejo edificio; el poeta más grande del tiempo le ataca continuamente con sus maldiciones y sus sarcasmos; por todas partes, en las letras y en las ciencias, en la práctica y en la teoría, en la vida privada y en la vida pública, los espíritus más poderosos procuran hoy aún abrir una entrada á la ola de las ideas continentales. Pero son tan patriotas como innovadores, tan conservadores como revolucionarios; si tocan á la religión y á la constitución, á las costumbres y á las doctrinas, es para ensancharlas, no para destruirlas. Inglaterra está hecha; ella lo sabe, y lo saben ellos; tal como la vemos, cimentada sobre toda la historia nacional y sobre todos los instintos nacionales, es más capaz que ningún pueblo de Europa de transformarse sin refundirse, y de amoldarse á su porvenir sin renunciar á su pasado.

§ 2.

I

Empezaba yo á formularme estas ideas, cuando desembarqué en Inglaterra por primera vez, y me asombraron singularmente las confirmaciones mutuas que se prestaban la observación y la historia; me pareció que el presente completaba el pasado, y que el pasado explicaba el presente.

Por el pronto, el mar inquieta y asombra; no en balde es un pueblo insular y marino, sobre todo con ese mar y en esas costas. Sus pintores, á pesar de lo mal dotados, sienten su aspecto alarmante ó lúgubre; hasta en el siglo XVIII, entre las elegancias de la cultura francesa y bajo el influjo optimista de la tradición flamenca, encontraréis en Gainsborough la impresión imborrable de ese gran sentimiento. En los momentos apacibles, en los serenos días de verano, la húmeda bruma extiende sobre el horizonte su velo gris de perla; el mar tiene el color de una pizarra pálida, y los barcos, desplegando su velamen, marchan pacientemente en medio del vapor. Pero miremos en torno de nosotros, y veremos en seguida las señales del peligro cotidiano. La costa aparece labrada, las olas han ganado terreno sobre ella, los árboles han desaparecido, la tierra se halla empapada con los continuos chubascos, el Océano es siempre allí intratable y feroz. Ruge y brama eternamente el ronco monstruo, y la legión clamorosa de las olas avanza como un ejército infinito ante el cual debe ceder toda

fuerza humana. ¡Piénsese en los meses de invierno, en las tempestades, en las largas horas del marinero, traqueteado, arrollado ciegamente por los ventarrones! Ahora, y en este buen tiempo, por todo el círculo del horizonte ascienden nubes pálidas, que no tardan en parecer una densa humareda, algunas de una blancura deslumbradora y frágil, tan hinchadas que se las ve próximas á deshacerse. Sus pesadas masas caminan, se entumescen, y á trechos, en la llanura sin límite, un chubasco enturbia un trozo de cielo. Al cabo de un instante el mar toma un tinte cadavérico, sus olas saltan con extraños giros y adquieren tintas oleosas y lívidas. La enorme cúpula gris cierra todo el horizonte, y se desploma una lluvia densa, despiadada. No se tiene idea de ella hasta haberla visto. Cuando las gentes del Sur, los romanos, llegaron allí por primera vez, debieron creerse en el infierno. El dilatado espacio que se extiende entre el suelo y el cielo, y con el cual cuentan nuestros ojos como con su dominio, falta de repente; no hay ya aire, no se ve ya más que niebla líquida. Adiós, colores y formas. En esa humareda amarillenta los objetos semejan fantasmas borrosos; la naturaleza parece un mal esbozo al carbón por donde un niño ha pasado torpemente la manga. Henos en New-Haven, y luego en Londres. El cielo descarga la lluvia; la tierra le envía la niebla; la niebla se arrastra por entre lluvia; todo está anegado; si miramos en torno nuestro, nada nos dice que esto deba acabar nunca. Estamos verdaderamente en la comarca cimberia de Homero; los pies chapotean; no hay ya nada que hacer con los ojos; todos los órganos parecen obstruidos, enmohecidos por la humedad; se cree uno fuera del mundo respirable, reducido á la condición de los seres palustres, habitante de las aguas

cenagosas; vivir aquí no es vivir. Se pregunta uno si esta enorme ciudad no es un cementerio por [donde van zambulléndose fantasmas afanosos] y desgraciados. En medio del diluvio de hollín húmedo, el río cenagoso con sus infatigables barcos de hierro, negros insectos, que desembarcan y embarcan sombras, hace pensar en la Estigia. Los días se [acabaron; hay que fabricarlos. Durante cinco ha habido que tener encendido el gas en el mejor hotel del sitio más espacioso. La melancolía invade los espíritus. ¿Qué pueden hacer los hombres en aquel sepulcro? Quedarse en casa sin trabajar es consumirse interiormente y caminar al suicidio. Salir es hacer un esfuerzo, no preocuparse ya de la humedad ni del frío, desafiar el malestar y las sensaciones desagradables. Semejante clima prescribe la acción, veda la ociosidad, desarrolla la energía, enseña la paciencia. Hace poco miraba yo en el buque á los marineros, con sus impermeables, sus recias botas chorreando y sus calzones de cuero, todos tan atentos á su quehacer, tan puntuales en sus movimientos, tan graves, tan dueños de sí mismos. He visto después á los obreros en sus talleres, tranquilos, serios, silenciosos, economizando su esfuerzo, y perseverando todo el día, todo el año, toda la vida, en la misma contención regular y monótona de cuerpo y de espíritu; su alma se ha amoldado á su clima. Y no hay más remedio que amoldarse á él para vivir; al cabo de ocho días se comprende que hay que renunciar aquí al goce delicado y saboreado, al deleite de dejar correr la vida, á la ociosidad negligente, al recreo de los ojos, á la expansión fácil y armoniosa de la naturaleza artística y animal; se comprende que hay que casarse, criar un rebaño de hijos, adquirir las preocupaciones y la importancia del jefe de familia en, ri-

quecerse, pertrecharse contra el mal tiempo, rodearse de bienestar, hacerse protestante, industrial, político, capaz, en resumen, de actividad y de resistencia, y sufrir y luchar en todas las vías abiertas al hombre.

Hay, sin embargo, aquí bellezas encantadoras y conmovedoras: las del país húmedo. Cuando en un día medio sereno se sale al campo y se llega á una altura, los ojos experimentan una sensación única y un placer que no conocían. Por todos los ámbitos del horizonte, en las llanuras y en las colinas, dilátase el verdor eterno, plantas forrajeras y hortenses, alfalfa, lúpulo, praderas admirables de alta y tupida hierba; acá y allá arboledas frondosas, pastos cercados por setos, donde rumian tranquilamente vacas perezosas. La niebla sube insensiblemente por entre los árboles, y las lejanías nadan en un vapor luminoso. No hay en el mundo nada más dulce y delicado que esas tintas; horas enteras se detendría uno á mirar aquellas nubes satinadas, aquel fino plumón aéreo, aquella blanda gasa transparente que aprisiona los rayos del sol, los embota, y no los permite llegar á la tierra más que sonrientes y acariciadores. Por ambos lados del coche pasan continuamente praderas más bellas cada vez, donde se aglomeran con tonos fundidos los botones de oro, las ulmarias y las margaritas; una suavidad casi triste, un encanto extraño, emanan de esa vegetación inagotable y pasajera. Es demasiado fresca: no puede durar; nada es estable y firme aquí, como en los países del Mediodía; todo es móvil, todo está naciendo y muriendo, suspendido entre las lágrimas y la alegría. Las gotas de agua relucen en las hojas como perlas; el follaje de los árboles murmura á impulsos de leve brisa, y nunca cesa el rumor de las

lágrimas depositas por la última lluvia. ¡Qué opulentamente vive esa vegetación, siempre rejuvenecida y abrevada por el aire húmedo! ¡Cómo sube la savia en aquellas plantas refrescadas y guarecidas del cielo! ¡Y qué hechos parecen el cielo y el país para preservar sus tejidos y avivar sus colores! Al menor asomo de sol sonrien con una gracia deliciosa, como virgenes tímidas y delicadas bajo un velo que se va á alzar. Que rasgue el sol las nubes un momento, y las veréis resplandecer como en un atavío de baile. Cae la luz en haces deslumbradores; los pétalos lustrosos, dorados, brillan con un colorido demasiado intenso; los más magníficos bordados, el terciopelo salpicado de diamantes, la seda cuajada de perlas no se acercan á ese tinte profundo; la alegría se desborda como de una copa demasiado llena. Ante la extrañeza, ante la rareza de ese espectáculo, se comprende por primera vez la vida del país húmedo. El agua multiplica y ablanda los tejidos vivos; las plantas pululan y no tienen jugo; la alimentación abunda y no tiene sabor; la humedad produce, pero el sol no elabora. Mucha hierba, mucho ganado, mucha carne: así se sostiene el temperamento absorbente y flemático; el producto humano, como toda la producción vegetal y animal, es potente, pero tosco; la máquina es sólida, pero gira lentamente sobre sus goznes, y las más de las veces los goznes rechinan y están herrumbrosos. Cuando se mira de cerca á las personas, parece que sus diversas piezas son independientes, ó, por lo menos, que necesitan tiempo para transmitirse los choques. Sus ideas no se revelan desde luego en pasiones, en gestos, en acciones. Como en el flamenco y el alemán, se detienen desde luego en el cerebro; el hombre no experimenta ninguna sacudida; no le cuesta trabajo perma-

necer inmóvil; no se siente arrastrado; puede obrar juiciosa y uniformemente: porque su motor interior es una idea ó una consigna, no una emoción ó un incentivo. Sabe aburrirse, ó, más bien, no se aburre; lo ordinario en él son las sensaciones insulsas, y la insípida monotonía de la vida maquina no tiene nada que deba repelerle. Está hecho á ella, y con ella concuerda su naturaleza. El que ha comido nabos toda su vida no echa de menos las naranjas. El inglés se resignará fácilmente á escuchar quince discursos seguidos sobre el mismo asunto, á pedir veinte años seguidos la misma reforma, á compulsar estadísticas, á estudiar tratados morales, á dar clases los domingos, á educar una docena de niños. Lo atractivo, lo agradable, no son una necesidad para él. La debilidad de sus impulsos sensibles contribuye á la fuerza de sus impulsos morales. Su temperamento le hace juicioso; puede pasarse sin gendarmería; los choques del hombre contra el hombre no conducen aquí á explosiones. Puede discutir en la plaza pública, y en voz alta, sobre religión y política; puede celebrar *meetings*, formar asociaciones, atacar rudamente al poder, decir que se viola la Constitución y predecir la ruina del Estado, sin el menor inconveniente; tiene los nervios tranquilos; razonará sin matarse; no hará revoluciones, y quizá hará una reforma.

Considerad en la calle á los transeúntes; en tres horas veréis todos los rasgos sensibles de ese temperamento: el pelo rubio, y, en los niños, casi blanco; los ojos claros, á menudo azules, como una porcelana; las patillas rubias, elevada estatura, movimientos de autómeta, y, juntamente con eso, otros caracteres de más relieve: los que han añadido á tal temperamento la fuerte alimentación y la vida militante. Aquí el

enorme soldado de las guardias, de sonrosada tez, majestuoso, pavoneándose con un bastoncillo en la mano, luciendo su busto y enseñando la raya clara que parte su pelo lustroso; allí el gordinflón rechoncho, coloradote, semejante á un animal de carnicería, con cara alarmante de estupor, y, sin embargo, inerte; más allá el noble campesino, de seis pies de estatura, corpachón de germano acabado de salir de la selva, con hocico y nariz de dogo, patillas desproporcionadas é incultas, ojos móviles, cara apoplética: son los excesos de la savia y de la alimentación brutales; añádase á todo, aun en las mujeres, la blanca armadura de dientes carnívoros y los pies respetables de zancudos, sólidamente calzados, excelentes para andar por el lodo. En desquite, ved á los jóvenes en una partida de *cricket* ó de campo; ciertamente, no brilla la viveza en sus ojos, pero abunda la vida; todo su ser respira energía y decisión, salud y actividad, predisposición al movimiento, iniciativa emprendedora. Varios semejan hermosos y esbeltos lebreles, tomando el viento y embebidos en la caza. La vida gimnástica y arriesgada goza aquí de gran predicamento. Las gentes del país necesitan moverse, nadar, lanzar la pelota, correr por la pradera húmeda, remar, respirar en lancha el vapor salado del mar, sentir en su frente las gotas de lluvia que caen de los árboles, saltar á caballo zanjas y barreras; los instintos animales permanecen intactos. Gustan, además, de los placeres naturales; no los ha viciado la precocidad. Nada más sencillo que las jóvenes; entre las cosas bellas, pocas hay tan bellas en el mundo: esbeltas, fuertes, seguras de sí mismas, ¡tan profundamente honradas y leales, tan exentas de coquetería! No puede imaginarse, sin haberla visto, aquel

frescura, aquella inocencia; muchas son flores, flores lozanas; sólo puede dar idea de ellas una rosa matinal con su colorido fugitivo y delicioso, con sus pétalos impregnados de rocío; deja eso á mucha distancia la belleza del Mediodía y sus contornos precisos, estables, acabados, de un dibujo definitivo; se siente aquí la fragilidad, la delizadeza y la continua germinación de la vida; los ojos cándidos, azules como pervincas, miran sin pensar que se los mira; al menor movimiento del alma, la sangre afluye á las mejillas, al cuello, hasta á los hombros, en oleadas de púrpura; veis pasar las emociones por aquellos cutis transparentes como cambiar los colores en sus praderas; y ese pudor virginal es tan sincero, que sentís impulsos de bajar respetuosamente los ojos. No se crea, sin embargo, que son lánguidas y soñadoras; aman y soportan el ejercicio como sus hermanos; con el pelo suelto, á los seis años, corren á caballo y hacen grandes caminatas. La vida activa fortalece en ese país el temperamento flemático, y, al par que el corazón se conserva más sencillo, se hace más sano el cuerpo. Una observación más: porque, sobre todas esas figuras, descuella un tipo, el más verdaderamente inglés, el más saliente para un extranjero. Apostaos de mañana, durante una hora, en el andén de una estación y contemplad los hombres de más de treinta años que van á Londres á sus ocupaciones: caras pálidas; ojos fijos, preocupados; boca abierta y como contraída; el hombre aparece fatigado, gastado y entumecido por el exceso de trabajo; corre sin mirar alrededor de sí. Todo su ser tiende hacia un solo objeto; tiene que hacer un esfuerzo continuo, el mismo siempre, un esfuerzo provechoso; se ha convertido en máquina. Eso es visible, sobre todo en los obreros; en sus largas

caras huesosas se pintan la perseverancia, la tenacidad, la resignación. Es más visible aún en las mujeres del pueblo; muchas están flacas, extenuadas; tienen los ojos hundidos, la nariz afilada, la piel veteada de rojo; han padecido demasiado, han tenido demasiados hijos, llevan impresa en su apagado semblante la opresión, la sumisión ó la impassibilidad estoica; se adivina que han soportado mucho, y que pueden soportar más aún. En la misma clase media ó superior son frecuentes esa paciencia y ese endurecimiento triste; piensa uno, al verlos, en esas pobres bestias de carga deformadas por los arneses, que aguantan inmóviles la lluvia, sin pensar en resguardarse de ella. Ciertamente la batalla de la vida es más dura y empeñada aquí que en otras partes; el que ceja cae. Con el rigor del clima y de la competencia, con las paralizaciones de la industria, los débiles, los imprevisos sucumben ó se envilecen; entonces viene el ginebra á hacer su oficio; de ahí esas largas filas de mujeres miserables que se ofrecen por la noche en el Strand para pagar su alquiler; de ahí esos barrios vergonzosos de Londres, de Liverpool y de todas las grandes ciudades, esos espectros andrajosos, lúgubres ó borrachos, que atestan los despachos de aguardiente, que llenan las calles con sus tristes pingos colgados en cuerdas, que se acuestan en un montón de hollín, entre rebaños de niños pálidos: horrible profundidad á que descienden todos los que, heridos, perezosos ó débiles de brazos, no han podido sostenerse en la superficie de la gran corriente. Aquí son trágicos los azares de la vida, y atroz el castigo de la imprevisión. Pronto se comprende por qué, con esa necesidad de luchar y de sufrir, desaparecen las sensaciones delicadas, por qué se embota el gusto, cómo se

hace el hombre desmañado y rígido, cómo las disonancias y las exageraciones vienen á estropear el traje y los modales, por qué los movimientos y las formas acaban por ser enérgicos y discordantes á la manera de las sacudidas de una máquina. Si el hombre es germano de raza, de temperamento y de espíritu, á la larga ha debido fortificar, alterar, inclinar hacia un lado su prístina naturaleza; la fuerte alimentación, el ejercicio corporal, la religión austera, la moral pública, la lucha política, la perpetuidad del esfuerzo, han transformado su cuerpo y su espíritu; se ha hecho, entre todos los hombres, el más capaz de obrar útil y poderosamente en todas las vías, el trabajador más productivo y eficaz, como su vaca se ha hecho el mejor animal de carne, su carnero el mejor animal de lana y su caballo el mejor corredor.

II

En efecto: no hay espectáculo más grande que su obra; en ningún siglo, creo, ni en ninguna nación del mundo, se ha manejado y utilizado así la materia. Entrad en Londres por el río y veréis una acumulación de trabajo y de obras que no tiene igual en el planeta. París, en comparación, no es más que una elegante ciudad de recreo; el Sena, con sus muelles, un juguete cómodo. Aquí todo es enorme. Yo había visto Marsella, Burdeos, Amsterdam; no tenía idea de semejante hacinamiento. De Greenwich á Londres las dos orillas son un muelle continuo; por todas partes mercancías que se apilan, sacos que se suben, barcos que se amarran; por todas partes almacenes para el co-

bre, la cerveza, los aparejos, la brea, las materias químicas. Los depósitos, los astilleros, las dársenas de calafateo y de construcción se multiplican y agolpan. A la izquierda se ve la armadura de hierro de una iglesia que se está acabando para llevarla á la India. El río tiene una milla de anchura, y no es ya más que una calle poblada de embarcaciones, un tortuoso taller de trabajo. Los buques de vapor y de vela suben, bajan, se detienen en grupos de dos, tres, diez, luego en largas masas, después en apiñadas filas; cinco ó seis mil hay anclados. Por la derecha avocan los docks como otras tantas calles marítimas. Si subís á una altura veis á lo lejos centenares y millares de buques, que parecen plantados en plena tierra; sus alineados mástiles, sus delgados cordajes forman una tela de araña que ciñe todo el horizonte. Entre tanto, sobre el río mismo, hacia el Poniente, se ve surgir inextricable bosque de arboladuras, de vergas y de cables; son los buques que se descargan, enzarzados, confundidos entre las chimeneas de las casas, entre las poleas de los almacenes, entre las grúas, los cabrestantes y todo el arsenal de labor continua y gigantesca. Una humareda brumosa, penetrada de sol, los envuelve con su velo rojizo; desde el suelo y el hombre hasta la luz y el aire, todo aparece transformado por el trabajo. Si entráis en uno de esos docks, la impresión será aún más abrumadora; cada uno de ellos parece una ciudad; naves y más naves alineadas, enseñando la cabeza, los anchos costados, el pecho de cobre, como peces monstruosos acorazados de escamas. Cuando se descende, se ve que esa coraza tiene cincuenta pies de altura; muchos de ellos llevan tres mil y cuatro mil toneladas; los clippers, de trescientos pies de longitud, van á partir para Australia, para Ceilán, para

América. Se levanta un puente por medio de una máquina; pesa cien toneladas, y no se necesita más que un hombre para moverle. Aquí se ve el cuartel del vino: hay treinta mil pipas de Porto en las bodegas; allí el cuartel de las pieles; allá el de los sebos, el del hielo. El depósito de géneros ultramarinos se prolonga sin fin, receptáculo colosal, sombrío como un cuadro de Rembrandt, poblado de un hormiguero de hombres que se agita en la sombra vacilante. El universo aboca á ese centro; como un corazón adonde afluye y de donde sale la sangre, aquí llegan el dinero y las mercancías de todos los puntos del planeta, y desde aquí circulan hacia todos los ámbitos del globo. Y esa circulación parece natural, en fuerza de bien dirigida. Las grúas giran sin ruido, los toneles parecen moverse de suyo, los fardos descienden por su propio peso sobre los planos inclinados que los conducen á su sitio. Los dependientes, sin atolondrarse, vocean los números; los hombres empujan ó tiran sin confusión, con calma, mientras el jefe, flemático, manda gravemente con raros ademanes y sin pronunciar una palabra.

Ahora tomad un tren, é id á Glasgow, á Birmingham, á Liverpool, á Manchester, á ver la industria. A medida que avanzáis por el país hullero, el aire se oscurece con el humo; las chimeneas, como obeliscos de altas, se amontonan á centenares y cubren la llanura en cuanto alcanza la vista; las filas múltiples, entrecruzadas, de edificios monótonos de ladrillos rojos, pasan ante los ojos como hileras de colmenas afañosas. Los altos hornos llamean en medio de la bruma. Yo he contado diez y seis en un solo grupo; las escorias de mineral se hacinan como montañas; las locomotoras corren, semejantes á hormigas negras,

con un movimiento automático y violento; y de repente se encuentra uno abismado en la ciudad monstruosa. Tal fundición tiene cinco mil obreros; tal manufactura contiene trescientos mil husos. Los almacenes de tejidos son edificios babilónicos, de ciento veinte pasos de longitud y anchura, con seis pisos. En Liverpool hay cinco mil barcos alineados á orillas del Mersey; otros esperan para entrar; los docks tienen seis millas de extensión, y el rojo muro de los depósitos de algodón que los guarnecen es tan enorme que se pierde de vista. Todas las cosas parecen aquí edificadas en proporciones desmedidas y como por brazos de colosos. Entrad en una fundición: no veis más que postes de hierro como troncos de árboles, cilindros de la anchura de un hombre, árboles de locomotora que parecen encinas, máquinas de escoplear que hacen saltar virutas de hierro, laminadores que pliegan las planchas como una pasta, volantes que desaparecen en el vuelo de su velocidad; ocho operarios, mandados por una especie de coloso apacible, empujaban y sacaban de la fragua un árbol de hierro enrojecido del grueso de mi cuerpo. Todo eso lo ha hecho brotar la hulla: Inglaterra produce dos veces tanta como el resto de Europa. Añádase el ladrillo, los grandes esquistos que afloran, y los estuarios de los ríos donde el mar penetra formando un puerto natural. Liverpool, Manchester y una decena de ciudades de cuarenta á cien mil almas germinan como una vegetación en la cuenca del Lancashire; dirigid los ojos al mapa, y ved los distritos teñidos de negro, Glasgow, Newcastle, Birmingham, el país de Gales: tal ó cual conchado no es más que una mole de carbón. Los antiguos bosques antdiluvianos, acumulando aquí los alimentos del fuego, almacenaron el poder que trabaja la

materia, y el mar depara el verdadero camino por donde la materia puede transportarse. El hombre mismo parece hecho, en cuerpo y alma, para sacar partido de esas ventajas. Sus músculos son resistentes y su espíritu puede soportar el aburrimiento. Está menos sujeto que los demás al cansancio y al hastío. Lo mismo trabaja la décima hora que la primera. Nadie maneja mejor las máquinas; participa de su regularidad y precisión; en una manufactura de algodón dos obreros hacen el trabajo de tres y á veces de cuatro obreros franceses. Buscad ahora en las estadísticas cuántas leguas de tejidos fabrican cada año, cuantos millones de toneladas exportan é importan, cuantos miles de millones producen y consumen; añadid á eso los imperios industriales ó comerciales que han fundado ó fundan en América, en China, en la India, en Australia, y quizá entonces, contando los hombres y los valores, calculando que su capital es dos veces mayor que el de Francia, que su población se ha duplicado desde hace cincuenta años, que sus colonias, allí donde es sano el clima, se convierten en nuevas Inglaterras, os formaréis alguna idea muy seca, muy imperfecta, de una obra cuya magnitud sólo pueden medir los ojos.

Queda aún, sin embargo, por explorar una de sus porciones: el cultivo. Desde el vagón se ve ya lo bastante para comprenderla. Una pradera con un seto, después otra pradera con otro seto, y así sucesivamente; á veces inmensos cuadros de hortaliza; todo eso alineado, terco, pulcro; nada de bosques; sólo á trechos alguna que otra arboleda; el campo es un dilatado huerto, una fábrica de hierba y de carne; nada se deja á la naturaleza y al azar; todo está calculado, dispuesto para la producción y el beneficio. Si miráis

á los campesinos, no encontraréis tampoco verdaderos campesinos; nada que se parezca á nuestros aldeanos, especies de fellahs, parientes de la tierra, desconfiados é incultos, separados de la gente urbana por un abismo. Aquí el hombre del campo parece un obrero; y efectivamente: un campo es una manufactura con un colono por contramaestre. Propietarios y colonos prodigan los capitales á la manera de los grandes empresarios; en lo tocante al cultivo, han introducido las máquinas de vapor; en lo tocante á ganadería, perfeccionan los establos perfeccionados. En todo esto cifran su gloria los más grandes señores; una porción de *gentlemen* de campo no tienen otra ocupación; el príncipe Alberto posee una granja modelo cerca de Windsor, y esa granja da dinero; hace algunos años los periódicos anunciaban que la reina había descubierto un remedio para la enfermedad de los pavipollos. Merced á este esfuerzo universal (1), la producción agrícola ha doblado en cincuenta años; la hectárea inglesa ha recibido ocho ó diez veces más abono que la hectárea francesa; aunque de calidad inferior, se la ha hecho producir el doble; treinta personas han bastado para esa obra, cuando en Francia se necesitaban cuarenta personas para obtener la mitad de esa obra. Si entráis en una hacienda, aun de poca importancia, veis personas decentes, dignas, bien vestidas, que se explican clara y juiciosamente; un gran edificio sano, cómodo; á menudo un peristilo con plantas trepadoras, un jardín bien cuidado, árboles de adorno, las paredes interiores blanqueadas todos los años, los suelos fregados cada ocho días, una limpieza casi holandesa; amén de eso, un número regular de libros: viajes, tratados de

(1) Léonce de Lavergne, *Economie rurale en Angleterre, passim.*

agricultura, algunos volúmenes de religión ó de historia, en primer término la gran Biblia de familia. Aun en las cabañas más pobres se encuentran algunos objetos de comodidad y recreo: una gran estufa reluciente, una alfombra, una ó dos novelitas morales, y siempre la Biblia. El *cottage* es pulcro; hay allí hábitos de orden; los platos de dibujos azules, simétricamente colocados, ofrecen un golpe de vista agradable; las baldosas rojas han sido barridas; no hay cristales rotos ni sucios; no hay puertas desvencijadas, ni postigos colgando, ni aguas encharcadas, ni basura esparcida, como en las casas de nuestros lugareños; el jardínillo está limpio de malas hierbas; la puerta suele tener su marco de madreselvas y rosales; y los domingos se ve al padre y á la madre sentados delante de una mesa muy limpia, con te y manteca, gozando de su *home* y del orden que reina en él. Entre nosotros el aldeano sale el domingo de su casucha para ir á ver su tierra; lo que él ambiciona es la posesión; lo que anhela el otro es lo confortable. No hay país más exigente en este punto. «Nuestro vicio (me decía uno de sus hijos) es la pasión exagerada por todo lo bueno y cómodo; tenemos demasiadas necesidades; gastamos demasiado; nuestros campesinos, en cuanto tienen un poco de dinero, en vez de adquirir un pedazo de tierra, compran el mejor Jerez y la mejor ropa (1)». A

(1) «La economía (decía De Foe en 1704) no es una virtud inglesa. Mientras que un inglés, con veinte chelines por semana, no puede vivir, un holandés se hace rico y deja á sus hijos en muy buena posición. Mientras que un jornalero inglés, con sus nueve chelines por semana, vive pobre y miserablemente, un holandés vive regularmente con el mismo salario... No hay nada más frecuente en un inglés que trabajar hasta tener repleta la bolsa, y luego marcharse á holgazañear, á menudo á emborracharse, hasta acabar con todo el dinero, y á veces contraer deudas.»

medida que se sube hacia las altas clases, se hace más fuerte esa pasión. En las medias, el hombre se mata á trabajar por dar á su mujer vestidos vistosos y por llenar su casa de las mil baratijas del semi-lujo. Hacia la cima, las invenciones del bienestar son tan múltiples que embarazan; hay demasiados periódicos y revistas en vuestra mesa de noche, demasiadas especies de alfombras, de aljofainas, de cerillas, de toallas en vuestro gabinete de vestir; su refinamiento es infinito; al meter los pies en las zapatillas, pensaréis que se han necesitado veinte generaciones de inventores para llevar la suela y el forro hasta aquel grado de perfección.

No se podrían imaginar clubs mejor provistos de lo necesario y de lo superfluo, casas tan bien abastecidas y tan bien gobernadas, la abundancia y la comodidad tan sabiamente entendidas, un servicio tan puntual, tan respetuoso, tan rápido. En el último censo los criados formaban «la clase más numerosa entre los súbditos de Su Majestad»; ellos tienen cinco allí donde nosotros tenemos dos. Cuando se ve en Hyde-Park á sus jóvenes ricas, á sus *gentlemen* á caballo ó en coche; cuando se piensa en sus casas de campo, en su ropa, en sus parques y en sus cuadras, se dice uno que ese pueblo está hecho realmente á medida del deseo de los economistas, que es el mayor productor y el mayor consumidor de la tierra, que ninguno es más á propósito para exprimir y también para absorber el jugo de las cosas, que ha desarrollado sus necesidades á la vez que sus recursos, y pensáis en esos insectos que, después de su metamorfosis, se encuentran de pronto provistos de dientes, de antenas, de patas infatigables, de instrumentos admirables y terribles, á propósito para cavar, para segar, para edificar, para